

Rolando Sierra Fonseca

De la imagen a los imaginarios: Héctor Leyva y los estudios culturales en Honduras

Universidad Nacional Autónoma de Honduras

rsierra652003@yahoo.com

Si nos remitimos a los antecedentes remotos o a la genealogía sobre el estudio de la cultura hondureña los encontramos en las interpretaciones positivistas elaboradas, a finales del siglo XIX, por Adolfo Zúñiga y Ramón Rosa, quienes interpretaban la cultura como un espacio de diferenciación. Para estos autores, el positivismo fue más que una doctrina filosófica, un modo de instalación de las nuevas sociedades, una forma de ingreso posible a la civilización por medio de la alternativa de ruptura con el pasado colonial, a través de un nuevo mito unificador de todos los sectores políticos.

Sin embargo, es en Rafael Heliodoro Valle (1891-1959), en quien encontramos al precursor de los estudios culturales en Honduras con sus trabajos sobre las fuentes del folklore y el estudio de la tradición hondureña en la búsqueda de un cierto *ethos* o talante de lo hondureño desde un enfoque historicista y romántico. Este enfoque es continuado, de una u otra manera, por Leticia de Oyuela (1936-2007) quien intenta comprender la cultura hondureña a partir del estudio del imaginario minero y de la significación de la cultura de la hacienda ganadera.

Más recientemente, Mario Ardón Mejía ha estudiado la cultura hondureña bajo el enfoque de la cultura popular, por ende se ha hecho cargo del estudio de la música, las tradiciones, los alimentos, etc.

El intento de Heliodoro Valle, en cierto modo continuado por distintos autores, fue hacer una hermenéutica cultural de Honduras por medio de una serie de imágenes que consiguieran dibujar su historia y cultura. De hecho este autor, como lo expresa el mismo Héctor Leyva, es

el que introduce una visión fatalista de la historia y la cultura al elaborar la imagen que la historia de Honduras: “Podría escribirse en una lágrima ... Por él han corrido largos ríos de sangre en una larga noche de odio y de dolor.” Esta imagen ha sido compartida y desarrollada por otros escritores nacionales como Marco A. Rosa, para quien Honduras es una “tierra de pasado histórico tristísimo”. El poeta Roberto Sosa agudizó aún más la imagen de Honduras de Rafael Heliodoro Valle al representar el país como un “peñasco sin posible salida”, en el que la historia “se puede escribir en un fusil, sobre un balazo, o mejor dentro de una gota de sangre”, mientras que el historiador Ramón Oquelí escribió: “Interpretando esta actitud y agregándole la sentencia de Rafael Heliodoro Valle, podríamos decir que nuestra historia puede resumirse en una lágrima y en un bostezo: historia trágica y aburrida, reiteradamente monótona.”

Honduras es, para Valle, una sociedad cuya historia representa un “pretérito imperfecto” por las tendencias de larga duración que caracterizan el proceso de construcción de la sociedad, tales como la estratificación socioeconómica, la violencia e inestabilidad y la ausencia de instituciones que consolidan la nación, lo que ha producido una cultura política basada en el autoritarismo y el caudillismo. Así, la sociedad hondureña se caracteriza por una prolongada anarquía, un caos, una historia irremediable, sin posibilidad, sin proyecto, ni destino: o como la imposibilidad de pasar de un país gestado en la barbarie a un país formado en la civilización.

El libro de Héctor Leyva, *Imaginarios (sub)terráneos*, si bien podemos decir, se inscribe en esa tradición de los estudios históricos y literarios, no se suscribe a la misma, al plantear teórica y metodológicamente una nueva aproximación a los estudios culturales. Su libro representa, dentro de los estudios culturales hondureños, el paso de la visión cultural de la imagen a la visión de los imaginarios. En ese sentido los ocho ensayos que componen este libro, pueden leerse como un nuevo punto de partida para una historia cultural. Peter Burke, propone que el común denominador de la historia cultural podría describirse como la preocupación por lo simbólico y su interpretación, es decir el análisis de los imaginarios y de

las representaciones. Esto es lo que hace Leyva en el conjunto de los ensayos de este libro que si bien tocan, especialmente tópicos literarios, sociales y políticos, siempre el eje es la cultura.

Por ello, este libro puede ubicarse dentro de la historiografía hondureña como una suerte de primera aproximación a una historia cultural de Honduras, al permitir una visión que a la vez que es teórica, es también investigación histórica, por su uso tanto de fuentes escritas como orales, que convoca abordajes y reflexiones sumamente heterogéneos a través del tiempo y de las disciplinas, de los problemas y las narraciones culturales de Honduras. En alguna medida, el carácter disruptivo que Leyva quiere imponer en el estudio de la cultura hondureña, parece autorizar lecturas diversas y reelaboraciones permanentes sobre la misma. Así, cuando estudia la reacción al positivismo decimonónico en Honduras, no lo hace desde la política, sino desde la cultura o cuando estudia la dictadura de Tiburcio Carias (1933-1947) en el caso de una institución fundamental para un régimen dictatorial como es la policía, lo analiza desde la ética y la cultura:

Más de medio siglo después, las páginas de la *Revista de Policía* ofrecen un rico registro de los desencuentros entre las conductas sociales (la cultura popular, la contracultura) y la moralidad que con excesos buscaba fundar el régimen. Se trataba, desde el punto de vista del cariato, no sólo de la apología de la dictadura sino del proceso civilizatorio que hacía falta para conducir a la gente hacia una vida más provechosa y más responsable respecto a las obligaciones del progreso y la armonía en una sociedad moderna (justamente lo que hacía falta para disfrutar de la democracia antes desvirtuada por las montoneras y los derramamientos de sangre). En este sentido fue un momento particularmente ilustrativo del esfuerzo común a las oligarquías del continente por moldear la sociedad desde la esfera secular de acuerdo con el proyecto de la modernidad. (125).

El libro en su conjunto invita a un recorrido por una serie de facetas del imaginario cultural hondureño, a partir de preguntas vigentes en el campo de los estudios culturales. En este marco, se interrogan desde la mitología fundante en el mundo lenca hondureño, al estudiar el mito e historia de los lencas desde los relatos de Yamaranguila sobre una generación legendaria de hombres que precedió a la actual: los egueguan, hasta las expresiones de los “imaginarios de la

marginalidad” y los “imaginarios del miedo” producidos por el contexto de violencia y delincuencia en la Honduras de los últimos diez años, con el fin de bosquejar el hilván de un diálogo cultural entre algunos de sus conceptos y categorías.

La pregunta por el talante de los procesos de producción de sentido constituye el punto de partida que se extiende, a lo largo de los ensayos, hacia territorios de lo universal y lo particular; la objetividad y la subjetividad; lo ideológico y la realidad. El horizonte general en el que esta obra se inscribe supone una concepción de la cultura o de las culturas sobre una noción plural – heterogénea al decir– de cultura. Por ello, probablemente es que Leyva no busca definir un *ethos* o una esencia o síntesis de la cultura hondureña como la pretendieron Valle y Oyuela. Desde el estudio de los imaginarios (sub)terráneos como representaciones simbólicas que han hecho sentir su presencia en la historia del país, se presenta la cultura, como un campo a la vez que disparejo contradictorio, con fisuras que demarcan varios sistemas, diferenciales y aun opuestos, debido a los múltiples tiempos históricos que caracterizan el país, como lo hace ver en su trabajo sobre las crónicas de la conquista y cristianización de la región de la Taguzgalpa y la yuxtaposición de estas que hace el novelista hondureño Ramón Amaya Amador:

Si se atiende a los modos de representación del suceso, puede apreciarse que los autores buscan comprenderlo articulando esquemas preconcebidos (“bárbaro sacrílego” en el caso de los frailes, o “buen salvaje” en el caso del novelista ...) aunque ejerciendo una nueva violencia ahora discursiva sobre dicho suceso y los sujetos implicados. (32).

Otras realidades, cuyas diferencias tenues y graduales al interior no permiten visualizar la heterogeneidad, tienen la tendencia a expresar la cultura en singular, como si el conjunto de discursos que la componen fuera un tejido uniforme, sin mayores fisuras o quiebras, tendente a la homogeneidad (relativa, claro), y situado en un mismo tiempo histórico de la modernidad mediante el estudio del escepticismo religioso y la emergencia de la modernidad y el trabajo del fatalismo en la literatura hondureña:

Es el caso que se quiere discutir aquí del modernismo, que en lugar de una moda literaria o de un momento de renovación de las formas de expresión, se quiere verlo en lo que pudieron ser contribuciones

ideológicas y políticas importantes a los procesos de modernización de la sociedad (y consecuentemente de afincamiento de un modo de pensar y de conducir la vida social) en un país sólo en apariencia aislado y tradicionalista como el de Honduras a finales del siglo XIX y principios del XX. (50).

De lo anterior se desprende que el planteamiento de Leyva se ubica dentro de una de las tendencias en América Latina respecto a los estudios culturales, orientada a *explicar la heterogeneidad*, cultural y social del área, los varios tiempos históricos que la caracterizan, las distintas visiones del mundo, las distintas *epistemes* de conocimiento y cultura que las caracterizan. Es explicar las negociaciones que surgen de esa heterogeneidad, como son los imaginarios de una tierra subordinada y sub-alternizada.

Asimismo en estos trabajos sobre Honduras el autor tiende a reevaluar las culturas de las grandes *mayorías* desposeídas y postergadas y los grupos excluidos del país, como el imaginario indígena y los imaginarios de la delincuencia y de los jóvenes en maras y pandillas.

Por otro lado, el objeto de los estudios culturales elaborado por Leyva, puede decirse que no es el del sociólogo o del antropólogo, preocupados especialmente en el cambio cultural como signo del cambio social (lo que leen los poetas románticos o los discursos de los militares después de la guerra), sino como *agente* –uno entre otros– de dicho cambio. Es que la idea misma de cambio social vara para cada corriente: allá se atiende a la rápida variación de la cultura de los jóvenes en maras (y a la variación de los discursos dominantes sobre ellos) como medio de *desmontaje* de la hegemonía cultural:

Desde un cierto punto de vista podría decirse que el miedo y sus efectos colaterales crecieron de tal modo entre la población que consiguieron penetrar el aparato jurídico e institucional y reforzar las tendencias represivas de los órganos de seguridad. Se trataría de una pasión colectiva canalizada bajo la forma de una ley y en ese sentido una forma de desestructuración del Estado. Pero tal perspectiva permite una interpretación desde un ángulo contrario, en el sentido de que el miedo de la población demandaba un tipo de respuesta de las elites en el poder que resultaba necesaria y funcional a sus intereses y a los de la

dominación, con lo cual en lugar de debilitarse el Estado vendría a fortalecerse aunque volviendo hacia sus formas autoritarias. (196).

O lo que más adelante expresa: “La ley sirvió en efecto para institucionalizar una política de profilaxis social que se venía practicando en la clandestinidad y con medios quizás incluso más brutales.” (197). Desde este enfoque Leyva busca la reivindicación de las culturas alternativas (de la otredad) como instrumento de *neutralización* de la hegemonía. Y aunque parezca paradójico, esta noción de cambio entraña en el fondo la noción de preservación cultural: se busca defender y conservar las culturas marginadas, defenderlas no tanto de los procesos de globalización (que a la larga no hacen sino globalizar el mosaico de la diversidad), como de los augures de la cultura global y de la modernización aculturante. Esta preservación implicaría permitir que esas culturas ameliores las bases materiales de su existencia, de donde resulta que, a la larga, el objetivo final de los estudios culturales por parte de Leyva consistiría en investigar la cultura (la literatura, las artes) para generar proyectos de desarrollo humano.

Los estudios culturales hechos por Leyva que nos ocupan enfatizan en el panorama, que se puede llamar, *horizontal* de la dinámica cultural hondureña, pues abordan cuestiones como la diversidad, la transculturación, el mestizaje o la hibridez cultural que se desprenden del contacto de pueblos o grupos humanos. A lo largo de estos trabajos Leyva evita toda voluntad enciclopédica o estudio comparativo y prescinde del recurso a la totalización o a la síntesis para ofrecer, en cambio, una aproximación desde los estudios culturales y literarios, desde el ensayo hacia el artículo académico, que reconoce regulaciones a la investigación, transitando del estructuralismo (afincando en la confianza de la ciencia), al postestructuralismo (más escéptico tanto con respecto a la ciencia como a la sociedad y la historia) con el fin de articularlas en un encuentro fecundo para profundizar en los imaginarios (sub)terráneos de Honduras.

Leyva, Héctor M. *Imaginarios (sub)terráneos. Estudios literarios y culturales de Honduras*. Tegucigalpa: Plural, 2009. 204 pp.